

# LA SUBLEVACION DE LA ESCUADRA

Por LIBORIO JUSTO



El sargento Ernesto González, presidente de la Asamblea, elegido Jefe del Estado Mayor de Tripulaciones.

★ Para componer este relato sobre la sublevación de la Escuadra, ocurrida en septiembre de 1931, hace cuarenta años, el autor consultó prácticamente toda la bibliografía existente sobre ese suceso histórico. Aparte de los libros que escribieron al respecto el Almirante Von Schroeders, el Coronel Vergara, jefe de la aviación militar, y otros personajes que actuaron en el episodio, Liborio Justo consultó la colección de diarios de la época, diversas publicaciones posteriores y mantuvo conversaciones con el excabo despensero Manuel Astica, uno de los jefes del movimiento de 1931, hoy residente en Valparaíso.

LOS diarios anunciaban que, de las 69 "oficinas" salitreras que trabajaban en el Norte, sólo proseguían su labor la mitad. También la crisis y la desocupación habían afectado a los obreros del carbón de Lota, Coronel y Schwager. La lucha contra las cada día peores condiciones de trabajo, había generado la protesta y también la reacción: numerosos dirigentes sindicales desaparecieron fondeados en las aguas de Talcahuano, Pascua y Más Afuera.

En Santiago la situación era angustiosa. La miseria, la terrible miseria que llenaba los conventillos y "cités" de la ciudad, los albergues de cesantes y las "ollas del pobre", que se habían instalado en diversos lugares, mostraban un cuadro aterrador, donde se extendía el tifus exantemático, provocado por los piojos. Por las calles, cada mañana, numerosas madres con sus hijos de pocos años recorrían los tachos de basura de los barrios "distinguidos", disputándose los residuos con los que, allí mismo, los alimentaban. Otras debían darlos por no poder mantenerlos.

En las columnas de un diario obrero, podía leerse: "En una extensión de 400.000 kilómetros cuadrados utilizables habrían cuatro millones y medio de chilenos; esta población crece con una lentitud desesperante debido, en primer lugar, a la mortalidad infantil elevadísima, la mayor del mundo: de cada mil niños que nacen, fallecen doscientos cincuenta; y luego, a la gran mortalidad general que sube al 26 por mil de la población. El promedio de la duración de la vida apenas llega a los 25 años. Solamente el tifus exantemático, residente habitual de este país, arrebató en los dos últimos años siete mil vidas y ha enfermado a treinta mil compatriotas. Pero hay una plaga universal que en Chile domina sin contrapeso y que está más íntimamente ligada que otra alguna a la situación económico-social presente: es la tuberculosis. Murieron en el año pasado veinte mil individuos y los especialistas más moderados estiman en doscientos mil el número de tísicos existentes en el país. Mientras tanto el costo de vida ha crecido en un 60% en los últimos cuatro años, y los salarios, recién este año, aumentaron el 20%. ¡Y qué salarios! En el detalle de los gastos familiares está el secreto de la alta mortalidad infantil y general, del tifus, de la tuberculosis, de cuanta plaga engendra la desnutrición, la vivienda insalubre, la falta de higiene y de cultura, en suma, la miseria social".

Aquel día, mientras circulaban por las calles cercanas al puerto los marineros de la escuadra Activa y de Instrucción, que habían fondeado en la bahía de Coquimbo, rodeada de altos cerros, traían todo eso en sus mentes, al mismo tiempo que iban leyendo mecánicamente los letreros que adornaban los nego-

Bar "Liberty".  
Botillería "La Limachina".  
Paquetería "El Progreso".  
Botica "La Unión".  
Hotel "Reina Victoria".  
Zapatería "Parisién".  
Café "Prat", desayunos, onces.

Era el 31 de agosto de 1931 y, después de un período de adiestramiento, ese día, a los marineros se les había permitido bajar a tierra, mientras los oficiales serían agasajados a la noche por las autoridades de la vecina ciudad de La Serena. Pero, cómo podrían tener una verdadera distracción ellos, desde que el Comodoro, poco tiempo antes, los había reunido y les había dicho: "La crisis que azota al país es muy aguda y lo será cada día más. Como comandante debo manifestarles que escriban a sus familias diciéndoles que se perretchen de viveres para afrontar lo que va a venir más tarde. Y ustedes deben prepararse para soportar las rebajas de sueldos que el Gobierno se verá obligado a adoptar para los empleados públicos". La rebaja llegó, en efecto, nada menos que del 30%, suprimiéndose además las asignaciones, por lo que ellos resolvieron elevar una respetuosa petición al Gobierno, por medio de sus jefes, demandando que no se hiciera efectiva. Pero cuando llegaba ya a contar con más de ochocientas firmas, el Comodoro, Almirante Abel Hozven, que era, a su vez, comandante del buque insignia "Almirante Latorre", de 28.000 toneladas, los había vuelto a reunir en la toldilla, esa misma mañana, junto con veinte representantes de cada una de las otras naves, y les había advertido: "He tenido conocimiento que se está gestando en este barco y en la escuadra de mi mando un movimiento inadmisiblemente y antipatriótico, que lo califico de verdadera traición a la patria. Las condiciones por que atraviesa el país exigen el máximo de sacrificio de sus hijos, por eso insistir en peticiones como las que se pretende que yo tramite ante el Gobierno, será algo que no toleraré por ningún motivo. Desde luego les anticipo que cualquiera que pretenda proseguir con estas gestiones será energicamente castigado y yo propenderé a que se le aplique la máxima pena del Código Militar. Ya lo saben. ¡Viva Chile! ¡Disolver!"

Imperativas y altisonantes, tales palabras habían caído como toneladas de hielo para enfriar las tibias esperanzas de las tripulaciones. El espectro de la necesidad y aún de la miseria de sus familias, en el ambiente del país convulsionado por el desastre económico, se levantó ante ellas esa mañana soleada en que, sobre la tranquilidad del mar, dejaban oír sus graznidos las bandadas de gaviotas que volaban a popa, donde flameaba la bandera con su estrella solitaria. Y cuando al terminar su arenga, el Comodoro lanzó el acostumbrado "¡Viva Chile!", que siempre era coreado por todos con la fuerza máxima de sus pulmones, apenas la voz de algunos guardiamarinas, cercanos al jefe, lo habían repetido, mientras que el silencio de los mil y tantos hombres cuadrados militarmente sobre la toldilla, adquirió mayor resonancia que si todos los cañones de los buques de guerra allí anclados hubieran disparado juntos. "¡Disolver!", había agregado el Comodoro. Y nunca



ese movimiento de rutina se realizó, como aquel día, bajo tan sombríos auspicios. Los hombres volvieron a los entrepuentes sintiéndose humillados y hundidos en un sordo clima de contenida rebelión, que buscaba hallar canales para manifestarse.

Por eso, más tarde, a la hora del té, conversando solos en la Cámara de Sargentos, algunos no pudieron dejar de expresar su descontento. Y de ellos surgió una invitación dirigida a todos los suboficiales con mando en navegación, comunicaciones, máquinas, artillería, torpedos y administración para reunirse esa noche a las ocho en el pañol de municiones del acorazado "Almirante Latorre", que era muy amplio. También se notificó a los de las otras naves.

A las ocho en punto comenzó la asamblea, teniendo la más destacada actuación el sargento Lautaro Silva y los cabos despenseros Manuel Astica y Augusto Zagal, representantes del "Latorre". Las otras unidades de la escuadra también estaban presentes con sus delegados, y la circunstancia del agasajo que se daba a la oficialidad en La Serena, hizo posible que la reunión pasara desapercibida, así como el hecho de que los suboficiales de los otros barcos solicitaran permiso para abandonarlos, ya que a bordo no habían quedado más oficiales que los estrictamente indispensables para el mantenimiento del servicio y, los pocos que no asistieron al agasajo, se retiraron a sus camarotes.

Abierta la reunión, se designó presidente, por ser el más antiguo, al suboficial preceptor Ernesto González, el "guatón" González, quien se desempeñaba como secretario del Comodoro. En seguida tomaron la palabra el cabo artillero Juan Bravo, el sargento contador Lautaro Silva, el suboficial mayor Victoriano Zapata, el suboficial mayor telegrafista Guillermo Stembecker y los cabos despenseros Zagal y Astica. Todas las opiniones fueron unánimes en oponerse a la rebaja de los sueldos y en la mayoría de los ánimos fue creciendo el convencimiento de que, ya que el camino de la petición, por respetuosa que fuera, aparecía cerrado ante la actitud del Comodoro, había que buscar otro, y éste no podía ser sino el de la resistencia. Hasta se llegó a mencionar el lema del escudo nacional: "Por la razón o la fuerza". Y una extrema solución se presentó entonces como única salida para salvar a sus hogares del desastre: apresar a los oficiales y apoderarse de las naves, dando así fuerza a su petitorio.

De inmediato se procedió a la elección de un comité que pasó a denominarse Estado Mayor de las Tripulaciones. Como Jefe fue elegido el presidente de la asamblea, suboficial González, y como secretario el cabo despensero Astica. Además, en cada buque se formó un comité que debía hacerse cargo del mismo a las 12 de la noche, encerrando a los oficiales en sus respectivos camarotes. Para realizar su cometido, las tripulaciones debían acostarse vestidas y con los calcetines puestos, levantándose a la hora señalada para apoderarse de las salas de armas situadas a popa, y dirigirse luego a desarmar al oficial de guardia, haciéndose cargo de las naves. Como anuncio de que cada tripulación había cumplido exitosamente con su cometido, tan



El cabo despensero Manuel Astica Fuentes, secretario del Estado Mayor revolucionario.

pronto como la operación se hubiera terminado debía colocarse una luz roja en lo alto del palo mayor de los buques. Se controlaron los relojes y, poco después, cada delegación se retiró a su nave respectiva en medio de un silencio que delataba a la vez esperanza e incertidumbre. La reunión había durado sólo una hora y media.

Sin embargo, cuando ya faltaban escasos minutos, ante el peso de la responsabilidad, algunos flaquearon. El propio jefe designado para encabezar la sublevación, suboficial Ernesto González, fue el primero. Se acercó al "coy" del cabo despensero Astica y le propuso que todo se suspendiera. El era el secretario del Comodoro y creía que, habiéndolo nuevamente, quizás la situación pudiera arreglarse. Pero ya era tarde, lo que Astica le hizo comprender decidido. Y, en previsión de que alguna actitud de González hiciera fracasar las disposiciones adoptadas, Astica resolvió anticipar el movimiento. Así fue como, por su orden, el sargento Lautaro Silva procedió a reducir al guardiamarina Román, que había quedado como representante de la oficialidad a bordo, y a apoderarse de la sala de armas del "Almirante Latorre", cuyo arsenal fue repartido entre la marinería. Pero ocurrió que, al escuchar bullicio, el almirante Hozben, comandante del "Latorre" y Comodoro de la escuadra, al que llamaban "Carro loco", y que no había concurrido a La Serena, salió de su camarote dispuesto a indagar la causa, lo que obligó al cabo 1º de máquinas, Oscar Laura, a someterlo, después de haber hecho un disparo al aire. Y, muy poco después, el farol rojo convenido brilló en el palo mayor del acorazado, como primera señal de que el buque había sido tomado.

Minutos más tarde, también comenzaron a encenderse los faroles en las otras naves de guerra de la escuadra: en el crucero "O'Higgins", en el destructor "Riquelme", en el "Hyatt", en el "Orella", en el "Aldea", en el "Serrano", en el "Videla", y en los submarinos, y, como en el "Lynch" no se levantara la señal, se le enviaron refuerzos en una lancha, en previsión de que su tripulación hubiera podido encontrar resistencia, como había ocurrido. Pero pronto, también el "Lynch" elevó la señal acordada, con lo que todas las unidades de la Escuadra Activa y de Instrucción, ancladas en Coquimbo, habían sido tomadas.

Y, cuando a eso de las 2 de la madrugada, los oficiales comenzaron a regresar del festejo en La Serena, eran conducidos hasta sus unidades en las lanchas por los marineros, sin que ninguna alteración delatara lo ocurrido, siendo desarmados y encerrados en sus respectivos camarotes, y generalmente sin oponer resistencia. O presentándola sólo simbólicamente —aunque en la bahía no dejaron de oírse algunos tiros— quedando allí con centinela armado en la puerta.

A la mañana siguiente, el Estado Mayor de las Tripulaciones, con sede en el "Almirante Latorre", envió un ultimátum al gobierno. También comunicó por bando a Coquimbo y La Serena que se había hecho cargo de los buques de guerra, y que tomaba a la provincia bajo su control, para lo cual se desembarcaron parejas de marineros que comenzaron a patrullar las calles. Asimismo se enviaron cables pidiendo apoyo al Apostadero de Talcahuano, donde estaba anclada la escuadra del Sur, así como a las dependencias navales de Valparaíso.

Y esa misma mañana, el país, el continente y aun el mundo, se enteraron con estupor que la Escuadra de Guerra de Chile, al mando de sus suboficiales y marineros, se había sublevado.

---:o0o:---

Aquel día el movimiento era casi el corriente en las calles vecinas al puerto de Talcahuano, calles que mostraban su normal cuadro de miseria, y, por la Puerta de los Leones, conducían hasta el cercano Apostadero. Por ellas se alcanzaban a ver los carteles de diversos negocios:

Restaurant "Antofagasta". Cholgas. Sopa de machas. Chacolí de Doñihue.  
Bar "Araucano".  
"La Llanquihue". Comestibles.  
Carnicería "Andina". Llegó chiporro de Magallanes. ¡Ocasión! Cazuela \$ 1.80 el kilo.

Desde el fondo del local sórdido y oscuro de la chichería "La Sureña", llegaba el sonido de una canción tocada en la vicirola instalada debajo de una vieja litografía reproduciendo el abordaje del Capitán Prat:

"En Lota la noche es brava  
Para el que a la mina baja  
En Lota la noche acaba  
Con sangre en el mineral.  
El mar y el grisú están clara

Y es de vida o muerte el pan.  
¿Para quién será esta noche  
La muerte bajo la mar?  
Zumba una sirena sola  
Y en el aire de ceniza  
Se desgarran las campanas  
Y arde un fuego funeral  
Mujer saca tu pañuelo  
Y echa el llanto a la mañana  
Que la mina está de duelo  
Y algo tuyo han de enterrar  
Le atrapó el carbón maldito  
Que así nos da fuego y pan".

De pronto empezaron a escucharse las voces de una radio que, enseguida, todos los concurrentes rodearon:

"Proclama de las tripulaciones de la Armada:

"En la noche del 31 de agosto al 1º de septiembre de 1931, las tripulaciones de la Armada, que hasta aquí han sido esencialmente obedientes y que no han deliberado jamás ante los flujos y reflujos de los apasionamientos políticos, sino que por el contrario, han sido siempre juguete de los mismos, empleándose para levantar y derrocar gobiernos, han visto que todas esas maniobras no han hecho otra cosa sino hundir cada día más al país en la desorganización y en descrédito e insolvencia. Hoy, inspiradas las tripulaciones de la Armada en los más nobles y sanos propósitos de bien nacional, impulsados por un fervor incontenible, sin desconocer sus indiscutibles deberes de trabajo en tiempo de paz y defensa de la Patria en caso de guerra exterior, hacen uso de su sagrado derecho de pensar y manifiestan a la faz del país los siguientes acuerdos, previa la siguiente declaración:

"Las tripulaciones se levantan no ante sus Jefes, a los que respetan, no ante la disciplina que la mantendrán férreamente, no ante el país que debe confiar en ellas, sino que ante la incapacidad de la hora y ante el apasionamiento político y fratricida próximo a desbordarse.

"Hecho este preámbulo, consideramos: 1º. Que un deber de patriotismo obliga a las tripulaciones de la Armada a no aceptar dilapidaciones ni depreciaciones de la Hacienda del país, por la incapacidad imperante en el gobierno actual y la falta de honradez de los anteriores. 2º. Que los actuales gobernantes, para solucionar la situación económica, solo han recurrido a la misma política de sus antecesores, con una falta absoluta de iniciativa y de comprensión; por lo tanto acuerda:

"1º No aceptar por ninguna causa que los elementos modestos que resguardan la administración y paz del país, sufran cercenamientos y el sacrificio de su escaso bienestar para equilibrar situaciones creadas por malos gobernantes y cubrir déficits producidos por los constantes errores y falta de probidad de las clases gobernantes.

"2º Los poderes competentes pedirán la extradición de los políticos ausentes y, para deslindar responsabilidades, se los juzgue y sancione conforme a derecho.

"3º Que el gobierno, en su deber de velar por los derechos sagrados de los ciudadanos



civiles, militares o navales, por un prestigio de la libertad que defiende, debe evitar por todos los medios a su alcance que en la conciencia de la masa se forme un ambiente hostil a las Fuerzas Armadas.

"4º Que las tripulaciones de la Armada, en su propósito firme de que se consideren sus aspiraciones y derechos, exige que las Escuadras se mantengan al ancla en esta bahía mientras no se solucionen satisfactoriamente los problemas que presentamos a la consideración del Gobierno.

"5º Que jamás mientras haya a bordo un solo individuo de tripulación, los cañones de un barco de guerra chileno serán dirigidos contra sus hermanos del pueblo.

"6º A objeto de no prolongar situaciones molestas para el país, las tripulaciones de la Armada dan un plazo de 48 horas para que se conteste satisfactoriamente a las aspiraciones que se contemplan en esta nota.

"7º Queremos a la vez dejar constancia que no han sido influenciados por ninguna idea de índole anárquica y que no estamos dispuestos a tolerar tendencias que entreguen al país en un abismo de desorientación social. No hay el anhelo de defendernos exclusivamente, sino y en forma especial, de ayudar también a nuestros conciudadanos que actualmente sufren la privación de trabajo por culpa de la incapacidad gubernativa.

"Coquimbo, septiembre 1º de 1931".

Entre los hombres aglomerados escuchando, surgieron exclamaciones, mientras se oían entusiastas comentarios:

—Por fin llegó la hora de que se defiendan al pueblo.

—Lo están haciendo bien estos gallos.

Luego la radio siguió dando noticia tras noticia sobre el acontecimiento. Al enterarse el pueblo de Santiago, se había volcado a las calles y numerosos grupos se hallaban reunidos en la plaza Montt Varas, cerca de la legislatura y el edificio del diario "El Mercurio", cuyas puertas fueron cerradas en previsión a cualquier ataque. En el Palacio de La Moneda, resguardado por un gran despliegue de fuerzas policiales, estaban congregados altos jefes del Ejército, de la Marina y de la Aviación, apresurados en llevar su apoyo al Gobierno, mientras que en el Ministerio de Marina realizaba una sesión especial el Consejo de Almirantes. A su vez, el Vicepresidente en ejercicio había citado a su despacho a todas las mayores figuras políticas del país para una reunión de notables, con el fin de encarar la extraordinaria situación.

Por fin, ya casi en la medianoche, una nueva proclama fue difundida por la escuadra sublevada:

"Lo que necesitan las tripulaciones de la Armada:

"Recursos favorables para el pueblo: hasta la fecha el Gobierno se ha limitado a efectuar economías reduciendo sueldos y suprimiendo empleos y puestos públicos, pero no se ha visto aún que intenten una medida que demuestre interés de los financistas. Sugerimos las siguientes ideas:

"1. Calcular el tiempo prudencial para sus-



El suboficial mayor Victoriano Zapata, uno de los oradores en la Asamblea. Notable por sus conocimientos en hidráulica manejó a la perfección el sistema del "Latorre".

pendar el pago de la deuda externa, bajo el punto exclusivo que dentro de ese plazo se restablezca el orden financiero interno del país.

"2. Subdividir las tierras productoras persiguiendo el fin de que haya el mayor número de productores y propietarios nacionales.

"3. Que las Cajas de Créditos, las Agencias Fiscales, la Mutual de la Armada y Ejército, reúnan entre todas un capital de trescientos millones de pesos o más, para invertirlos en industrias productivas, en las cuales se dé trabajo al mayor número de obreros sin ocupación. Se pueden indicar entre otras, la construcción de casas para obreros, ampliación de fábricas, etc. Para evitar la importación innecesaria de artículos extranjeros, hacer un llamado patriótico a todos los millonarios chilenos para que suministren en carácter de préstamo, los fondos que puedan al Gobierno, para que éste organice industrias y proporcione trabajo a los obreros". Y, a continuación, venían otras demandas de exclusiva atinencia al personal de la Marina y el Ejército.

—:o0o:—

En tanto, los acontecimientos se sucedían atropelladamente en la capital. En el Salón Rojo de La Moneda estaba reunida la convención de notables. También seguía deliberando el Consejo de Almirantes y se decía que su intención era adoptar medidas drásticas para reprimir el levantamiento. Había que dominar el motín en cualquier forma y dar un castigo ejemplar a los culpables. Las

## Episodios históricos

reuniones en La Moneda eran interminables y no se hablaba sino de acabar con los "rotos bolcheviques". En la base de aviación de Quintero, próxima a Valparaíso, se encontraban seis hidroaviones listos para partir a las 4 de la mañana contra la escuadra, en Coquimbo.

Finalmente predominó la idea de negociar con los sublevados, buscando, según se decía, "salvar a los camaradas de su prisión, a la Marina de su ruina y al país de esta zozobra y vergüenza".

Sobre tal base se expidió el Consejo de Almirantes, que había estado reunido hasta más de medianoche: "Considerando la situación de hecho ya producida a bordo, se estima: 1º Buscar una solución que, salvando la autoridad del Gobierno y volviendo a la disciplina, permita un acuerdo con los Tripulantes de la Escuadra; 2º Recomendar la conveniencia de una solución tranquila, a fin de no arrastrar a las tripulaciones a actos de violencia, de lo que es difícil predecir su alcance; 3º Aconsejan este temperamento las circunstancias de que el ambiente del país es propicio para que otras instituciones puedan seguir el ejemplo de las Tripulaciones; 4º Por todos los medios evitar el empleo de fuerzas contra fuerzas, cuyas consecuencias no se pueden prever".

Por último, a las 3 y media de la madrugada del día 2 de septiembre, el Gobierno decidió designar al Almirante Edgardo von Schroeders para que, acompañado del capitán de navío, Muñoz Artigas, se trasladara a Coquimbo con el fin de encarar la situación, tratando de llegar a un avenimiento con los sublevados. Las instrucciones que llevaba eran terminantes: "Zarpas en avión de Cerrillos. De ninguna manera subir a parlamentar a bordo. Arreglar una conferencia en tierra y no aceptar imposiciones. Exigir que los oficiales vuelvan a sus puestos y en seguida que las tripulaciones hagan sus peticiones por conducto regular". Estas instrucciones eran precisas y en ninguna forma debían alterarse.

—:o0o:—

El día 2 de septiembre de 1931, la bahía de Coquimbo amaneció totalmente cubierta por una espesa niebla que impedía ver los buques de la escuadra sublevada. Sin embargo, por algunos que desembarcaron de a bordo trascendió que esa mañana, al izarse el pabellón patrio, las tripulaciones entonaron el Himno Nacional y la canción de Yungay. Pronto se supo la llegada de un Delegado del Gobierno, arribado en avión desde Santiago, quien, en seguida, hizo despachar una nota "Al señor Comandante en Jefe. Para el Comité del Estado Mayor de las Tripulaciones", en la que decía: "Habiendo llegado a este puerto enviado por el Supremo Gobierno para tratar de solucionar el estado actual que se ha producido en los buques de la Armada Nacional, fondeados en Coquimbo, y que ha sido puesto en conocimiento del Señor Ministro de Marina con fecha 1º de septiembre, agradeceré que una comisión representativa de ese Comité se sirva venir a una reunión que tendrá lugar en la Gobernación Marítima a las 15 horas, a fin de ponerla en cono-

cimiento de las instrucciones que el infrascrito trae del Supremo Gobierno".

Y, tan pronto como a mediodía se dispuso la niebla, la población entera de Coquimbo, apiñada en el puerto y en todos los lugares disponibles, pudo contemplar con admiración la silueta plomiza de los barcos, al ancla en la bahía, sobre cuyas cubiertas se movía la marinería sublevada, desplazándose debajo de las bocas siniestras de sus grandes cañones.

Recién a las 14 y 30, el suboficial radiotelegrafista Guillermo Stembecker, que oficiaba de hombre de enlace, acompañado de tres marineros, con cartucheras portando municiones y rigurosamente armados, volvió del "Latorre", en una lancha que hacia flamear airosamente su bandera de popa. Traía la respuesta de la marinería, que entregó al Almirante von Schroeders en las oficinas de la Gobernación Marítima. "En contestación a su memorándum de hoy, manifestamos a U.S. que con motivo de estar constituido en el "Latorre" el Estado Mayor de las Tripulaciones de la Armada, esperamos que tenga a bien venir a bordo, garantizándole que en toda la Escuadra impera, como siempre, una estricta disciplina y corrección de parte de las tripulaciones. Una lancha del "Latorre" estará a disposición del señor Almirante a la hora que deseé trasladarse a bordo".

Pero el delegado del gobierno venía con instrucciones terminantes de no hacerlo, por lo que, con los mismos mensajeros, a los que hizo aguardar, respondió: "Acuso recibo al memorándum de Uds., y en contestación, tengo el agrado de decirles que traigo órdenes precisas del Gobierno de no ir a bordo hasta que no esté normalizada la situación. El infrascrito no ve el inconveniente para que una Comisión de ese Estado Mayor concorra a oír las instrucciones que traigo del Gobierno y que son perfectamente claras y definidas". También se dirigió a Santiago informando: "Llegado a ésta envié comunicación al Estado Mayor invitándolo a oír instrucciones que traía del Gobierno. Se me contestó invitándome, a su vez, a ir al "Latorre". Respondí que tenía órdenes del Gobierno de no ir a bordo hasta que situación no se hubiere normalizado y que no veía inconveniente para que un Comité oyera las instrucciones que traía. Agradeceré instrucciones caso nueva negativa. Gobernador Marítimo recibió una comunicación del Comité que le dice que queda estrictamente prohibido el vuelo de todo avión sobre la bahía".

La respuesta del gobierno no se hizo esperar ratificando sus anteriores órdenes: "Las instrucciones del señor Ministro de Marina son las siguientes: 1º) Que la conferencia debe tener lugar en tierra. 2º) Que él no vaya a parlamentar. 3º) Que se reponga a todos los Jefes y Oficiales en sus puestos. 4º) Que las peticiones deben hacerse después por conducto regular. 5º) No omitir gestión para conseguir que conferencia tenga lugar en tierra y obtener éxito comisión".

Pero las tripulaciones sublevadas estaban firmes en sus exigencias y, al rato, reapareció el suboficial Stembecker con un nuevo mensaje: "Comunicamos a U.S. que la decisión que rige nuestros actos no nos permite variar en absoluto la contestación que di-



mos a V.S. a su comunicado anterior. Tampoco nosotros vemos inconveniente para que V.S. venga a bordo cuando aquí su persona será recibida con todo el respeto que nos merece el representante del gobierno. Desearíamos saber su contestación definitiva, ojalá con el portador de la presente”.

Ante esta nueva negativa, que el Almirante delegado comunicó al gobierno, sin obtener respuesta, trató, en un último esfuerzo, de mantenerse dentro del tenor de sus instrucciones: “Con profundo sentimiento recibo la contestación de Uds. y lamento sinceramente no poderlos servir como hubieran sido mis más ardientes deseos en estos momentos tan delicados para el país. Como compañero de armas que ha encanecido en el servicio, con intenso afecto por sus patriotas tripulaciones, hoy momentáneamente ofuscadas, les pido un rasgo de cordura para salvar en lo que se pueda el prestigio y el futuro de nuestra gloriosa y querida Institución. Inspirado en los más altos ideales para con mi Patria, que es también la de Uds. y para evitar males irreparables que todos después tendremos que sufrir, les agradecería infinito enviaran unos pocos representantes de su Estado Mayor, solamente para explicarles las instrucciones que traigo del Supremo Gobierno, de las cuales aún no me puedo apartar y que podrían ser precursoras de un mejor entendimiento. Enseguida Uds. las pueden estudiar a bordo inspirados en lo más sagrado de los deberes ciudadanos: el santo amor al pueblo chileno. Escuchen el consejo de su viejo Almirante, ya que nada pierden con oírlo”.

La contestación de la marinería fue, en esta ocasión, verbal. Mantenían sus anteriores manifestaciones, recalcando que el Almirante sería recibido a bordo con toda seguridad y con el respeto debido a su rango.

Ante esa situación el delegado volvió a dirigirse a Santiago: “Última contestación recibida nieganse conferenciar en tierra e insisten en que Delegado gobierno será recibido con todo respeto a bordo. Pidióseme contestación categórica de palabra; respondí que las instrucciones precisas del Gobierno eran que debiera recibirlos en tierra. Quedan terminadas todas gestiones posibles y lamento mucho el “impasse” producido, pues temo pueda traer graves consecuencias al país. Se propicia un mitin comunista en el teatro al que asistirá el pueblo, invitándose Comité Tripulaciones. Solicito resolución urgente”. También hacía saber, por otro conducto, que corrían rumores asegurando que la Escuadra se dirigiría al norte, donde los sublevados esperaban contar con apoyo.

Cuando ya anochecía el día 2, llegó finalmente la respuesta de Santiago: “Contesto su telegrama diecinueve horas. Por disposición del Gobierno queda U.S. autorizado para proceder según su criterio”.

Entonces el Almirante delegado remitió a los amotinados la siguiente comunicación: “Con mis vehementes deseos de salvar el honor de la Armada y de resolver la manera de volver a la normalidad, que son los deseos del país entero, y en vista de las negativas de Uds. para aceptar mi invitación, he rogado al Supremo Gobierno se sirva autorizarme para hacer las gestiones que dicte mi



**El cabo Manuel Bastías, otro de los líderes de las tripulaciones de la Armada.**

criterio. Vengo de recibir esa autorización y, posponiendo mis naturales sentimientos como Oficial General de la Armada, he decidido tener una conferencia a bordo y, en consecuencia, les agradeceré me envíen la lancha a las 10.30 horas. Voy confiado en que sabrán respetar los honores de mi rango y la seguridad de mi persona, que me ha sido reiterada en sus comunicaciones”.

El Estado Mayor de las Tripulaciones contestó: “Reiteramos en forma solemne que el señor Almirante regresará a tierra bajo el mismo respeto con que siempre hemos distinguido a nuestros jefes, cualquiera que sea la suerte que en la discusión tengan los puntos que se traten”.

Esa noche los barcos de la Escuadra Activa y de Instrucción de la Marina de Chile, que se mantenían amotinados al mando de sus suboficiales y marineros, permanecieron anclados en la rada de Coquimbo, destacando su silueta oscura bajo un cielo estrellado y completamente calmo. Ahí estaba, con su mole imponente, el “Almirante Latorre”, entonces uno de los mayores del mundo, el “O’Higgins”, de tres chimeneas, y los destructores, que formaban parte de la División de Instrucción. También los submarinos tipo “H”, que apenas emergían sobre el agua relativamente tranquila. En el “O’Higgins” se encontraba encerrado en su camarote el Contralmirante Campos y, en el “Latorre”, el Almirante Hozven. Se había dado orden de zafarrancho de oscurecimiento, y sólo los haces luminosos de los reflectores del “Latorre” hendían con sus pantallazos la oscuridad deteniéndose, de tanto en tanto, en los pequeños destructores y aun en las alturas de Coquimbo, donde, sobre los cerros se extendían las luces de muchas viviendas. Se habían hecho viveres secos para dos meses y la tripulación estaba sometida a régimen de guerra, mientras el orden en los barcos se

## Episodios históricos

mantenía como de costumbre. Los relevos continuaban cada seis horas: a las 6, a las 12, a las 18, a las 24. Se había indicado calentar las máquinas para cambiar de fondeadero, y los buques comenzaron a lanzar grandes penachos de humo.

El Estado Mayor de las Tripulaciones, en reunión permanente en la Cámara de Guardiamarinas del "Latorre", despachaba en todo momento delegados con órdenes y contraórdenes y daba conferencias a los tripulantes. A mediodía emisarios del buque insignia recorrieron todas las unidades clausurando las cantinas y las cajas donde se guardaban los sueldos de agosto. Las discusiones, a veces, se prolongaban buscando conciliar las distintas tendencias y, para redactar la primera proclama que se hizo pública, se habían demorado casi doce horas. Mientras tanto, se seguían recibiendo cálidas adhesiones que ponían en convulsión al país. Se decía que el puerto militar de Talcahuano y la Escuadra del sur pronto se levantarían para unirse a los amotinados de Coquimbo. Aun que en el Regimiento de Artillería "Arica", sito en La Serena, se había provocado un movimiento favorable, a consecuencia del cual se retiró al interior de la provincia con todos sus efectivos para evitar verse obligado a intervenir contra la marinería sublevada. Así pasó una nueva noche, en medio de los más diversos rumores, que hundían a la población en la mayor incertidumbre y en una angustiosa espera.

—:o0o:—

En Santiago, mientras tanto, la situación cada vez tomaba un cariz más dramático. El Gabinete había renunciado y figuras de gran relieve componían el nuevo gobierno. Por decreto regía el Estado de Sitio en todo el país. El comercio había cerrado sus puertas. El gobierno publicó bandos restringiendo la libertad personal, el derecho de reunión, acordando, además, medidas para asegurar estrictamente el orden público. No se podía transitar en grupos de más de tres personas después de las 21 horas. Las autoridades de la Bolsa de Comercio decidieron suspender sus actividades hasta la normalización de la situación. El Almirante Arturo Wilson, por su parte, dirigía un dramático mensaje a las tripulaciones sublevadas en el que les decía: "Profundamente afectado por la actitud asumida por los tripulantes de la Escuadra que rompe normas de la disciplina de más de un siglo en nuestra querida Armada, me dirijo a ustedes pidiéndoles de todo corazón que abandonen su actitud, retirando las peticiones al gobierno y sometiendo a la autoridad de sus jefes, a fin de no agravar los daños ya hechos a la Marina y al país. Me permito invocar el espíritu glorioso del Comandante Prat, del "Esmeralda", que al sacrificarse por la Patria, jamás habría imaginado que su querida Institución iba alguna vez a encontrarse en trance tan doloroso. Con todo corazón os lo pide vuestro viejo Almirante".

—:o0o:—

Exactamente a las diez y media de la ma-

ñana del 3 de septiembre, el delegado del gobierno, Almirante Edgardo von Schroeders, acompañado por dos ayudantes y por el Gobernador Marítimo de la Provincia, arribó al muelle del puerto de Coquimbo, mientras el gentío allí reunido, así como en la plazuela vecina, se apiñaba para contemplar el paso del alto funcionario que venía a representar la autoridad del gobierno en tan críticos momentos. La lancha del "Almirante Latorre", con una ametralladora en la proa, estaba atracada esperándolo junto al muelle, manteniendo su motor en marcha, mientras se balanceaba al vaivén de las profundas olas del Pacífico. El suboficial Steimbecker, que había venido a cargo de ella, estaba de guantes y espada, en tanto que los marineros que lo acompañaban, también vestidos con toda corrección, portaban revólveres al cinto. Al acercarse el Almirante, todos saludaron militarmente y lo ayudaron a subir con cortésia, lo mismo que a sus acompañantes. Y, en seguida, la lancha despegó del muelle, emprendiendo rápida marcha que iba dejando atrás una estela de espuma, mientras el gallardete de proa y la bandera de popa flameaban, como siempre, airosamente al viento. A la distancia se destacaba la mole plomiza del "Latorre" con sus dos grandes chimeneas humeantes, flanqueadas por otras tantas torres que se elevaban sobre los puentes y los grandes cañones.

Al llegar a la escala del acorazado, el delegado del gobierno trepó por ella, seguido de su séquito y, ya sobre cubierta, pasó frente a la marinería que estaba formada rindiéndole los honores de ordenanza, mientras el suboficial a cargo del barco, que lo recibió saludándolo militarmente, iba señalándole el camino. Sin cambiar palabra, el alto jefe y sus edecanes cruzaron la toldilla donde quedó aguardándolo el Gobernador Marítimo, y, luego, descendieron solemnemente hasta la Cámara de Guardiamarinas, cuya puerta estaba custodiada por dos centinelas con bayoneta calada. Allí se hallaba reunido el Estado Mayor de las Tripulaciones de la Escuadra, cuyo amotinamiento conmovía al país.

Al entrar el Almirante se hizo el mayor silencio, acompañado de una sensación de hondo dramatismo. 50 ó 60 personas se apiñaban dentro de un recinto que normalmente apenas podría contener a la mitad, y aun numerosas caras aparecían por las ventanas. Al fondo, una larga mesa cerraba el ambiente y detrás de ella aparecían como veinte cabecillas de la sublevación. Ante la presencia del jefe, todos se pusieron de pie, mientras éste, con voz firme, dejó oír su saludo:

—¡Buenos días, señores!

Siendo respondido al unísono:

—¡Buenos días, Almirante!

Fue invitado a ocupar un lugar en la mesa frente a los cabecillas, rodeado por sus edecanes, y, en seguida, comenzó una sesión, única en los anales de las Escuadras de Guerra, cuya primera parte debía durar cerca de cinco horas. Presidía el suboficial preceptor Ernesto González, teniendo a su derecha al cabo dispensero Manuel Astica, jefe del Estado Mayor del "Almirante Latorre", y secretario general del de las Tripulaciones. En una mesita colocada a un costado estaba otro de los principales inspiradores del levantamiento.



to, el cabo despensero Augusto Zagal, al parecer con el propósito de tomar una versión de lo que se trataría, lo cual, ante la inusitada prolongación de las conversaciones, luego abandonó.

El Almirante se puso de pie para hablar y comenzó diciendo:

—“Sólo mi gran cariño por la Institución, a la que me ligan hondos afectos, me ha inspirado a dar este paso tan doloroso para un Oficial General, pero todo mi sacrificio lo doy por demás compensado si consigo traer a la Escuadra a la normalidad y a esa legendaria disciplina que ha sido el orgullo de Chile. Espero que como resultado de esta conferencia, podré informar al Gobierno que, existiendo en Uds. buen espíritu, se puede encontrar una fórmula que consulte las aspiraciones que sean justas y que, a la vez, salvaguarden el prestigio y la dignidad del Gobierno, que representa a la Nación y que de ningún modo puede aceptar imposiciones. Yo he venido animado de la mejor voluntad y del más alto interés para tratar de conseguir poner fin a esta situación, porque ella afecta hondamente a la tranquilidad interna y a la confianza que necesitamos inspirar en el extranjero, justamente en estos críticos momentos políticos y económicos por que atraviesa el país”.

Y propuso que, de inmediato, se pasara a discutir cada uno de los puntos contenidos en las peticiones de la Marina sublevada. Así se hizo, con la intervención de numerosos participantes, entre ellos un sargento radio-telegrafista, un cabo torpedista y los cabos despenseros Zagal y Astica, principalmente de éste, que aparecía como el verdadero cabecilla de la sublevación, quien enfrentó decididamente al Almirante, y luego, cada vez que éste intervenía para contestar a aquellos oradores, hacía comentarios en voz baja al oído del suboficial González, que presidía, o le pasaba papelitos con observaciones rápidamente escritas. La discusión se hizo dentro de un tono general de respeto hacia el delegado, y aunque, en determinados momentos, algunos de los oradores se manifestaban con pronunciada insolencia, parecía que después de tan larga sesión había posibilidades de llegar a un acuerdo, pues el Gobierno se mostraba dispuesto a ceder en buena parte a las demandas presentadas.

Pero cuando ya estaban en los aspectos más bien accesorios de la discusión, un mensajero se hizo presente en la Cámara trayendo unos radios que se acababan de recibir, los que entregó al suboficial González, quien, después de leerlos detenidamente, volvió a hacerlo en voz alta. ¡El Apostadero Naval de Talcahuano y los barcos de la Escuadra del Sur, también se habían sublevado, para unirse a sus camaradas del Norte! Asimismo lo hacían los obreros que trabajaban en el dique, quienes habían enviado una nota al Comandante Superintendente de Talcahuano, en la que le decían: “El personal de los Arsenales, del Arsenal dependiente de este Apostadero Naval, en presencia de la actual situación y considerando que somos los directamente afectados, venimos a manifestar a Ud. que hemos resuelto adherirnos incondicionalmente al movimiento del personal de la Escuadra fondeada en este momento en la bahía



**El suboficial mayor telegrafista Guillermo Stembecker, que actuó como relacionador público del Estado Mayor de Tripulaciones.**

de Coquimbo. Y formulamos las siguientes peticiones: 1º) Castigo inmediato y confiscación de sus bienes a los que llevaron a la banarrota al país; 2º) División de la tierra; 3º) Solidaridad de las industrias; 4º) La enorme deuda que gravita sobre el país debe ser cancelada por todos los chilenos, por consiguiente, los millonarios chilenos aportarán un tanto de sus riquezas. El Parlamento dictará

una ley sobre el particular; 5º) Cerrar por el término de cinco años las Escuelas Navales y Militares y demás escuelas que son innecesarias; 6º) Derechos de asociación de las Fuerzas Armadas en general; 7º) Reincorporar al servicio al personal de obreros del Arsenal que fue exonerado; 8º) Que el personal provisório vuelva a gozar de los mismos servicios que tenía el personal de planta; 9º) Considerando que este movimiento representa las aspiraciones del proletariado en general, los simpatizantes apelan al elevado criterio de los Jefes y la superior consideración del país para que en ningún caso se tomen represalias”.

Al parecer, las tripulaciones, al apoderarse del Apostadero Naval y de los buques de guerra allí fondeados, habían expulsado a los jefes y oficiales, quienes tuvieron que abandonar la base y los barcos para dirigirse a Talcahuano y Concepción, muchos de ellos acompañados por sus familias. Y pronto se supo que la Escuadra del Sur se ponía en movimiento para unirse a la anclada en la rada de Coquimbo.

La situación, en consecuencia, parecía tornarse cada vez más difícil para el delegado del gobierno, por las nuevas condiciones que se iban presentando para el desempeño de su cometido. Bajo esa impresión, el Almirante abandonó el “Latorre” a las 15 horas, despedido en el portalón con los honores de reglamento, dirigiéndose a conferencia telegráficamente con el gobierno. Por su parte, éste había dirigido a la marinería amotinada un llamamiento en el que decía: “Cuando aún es tiempo, invocamos los más elementales sentimientos de patriotismo de las tripulaciones en este momento supremo, a fin de que no asuman enormes responsabilidades con la ruina y desgracia del país, que acarreará la negativa de avenimiento razonable que les hemos ofrecido. Les hacemos este postrer llamado como chilenos y en nombre de la Patria y de la civilización”.

Después de sus conferencias, a las 17.30 horas, el Almirante retornó al “Latorre”, con el fin de proseguir las conversaciones a bordo. Frente a las tripulaciones sublevadas, que cada vez se sentían más fuertes con las adhesiones que iban recibiendo, las perspectivas de llegar a un acuerdo parecían irse ensombreciendo. Sin embargo, finalmente se acordó firmar un acta que contuviera los términos del arreglo, para lo cual el Estado Mayor de las Tripulaciones ofreció preparar un proyecto, que sometería a la aprobación del delegado del Gobierno, aunque desde ya se anticipaba que el documento no podría firmarse hasta la llegada de la Escuadra del Sur, que debía también aprobarlo. Esta Escuadra, compuesta por los cruceros “Araucano” y “Blanco Encalada”, los escampavias “Leucotón”, “Orompello”, “Elicura”, “Micalvi” y “Sibbald”, junto con los submarinos “Thompson”, “Fresia”, “Guacolda” y “Quidora”, venían al mando del sargento 1º señalero Orlando Robles, y había hecho llegar radios expresando deseos de que ningún arreglo definitivo se conviniera sin su presencia. Además, el Estado Mayor de las Tripulaciones manifestaba su intención de que esa firma se hiciera en Valparaíso, pues los suboficiales y marinería deseaban demostrar al país que,

para maniobrar los barcos, no necesitaban de los oficiales. Frente a estas exigencias, que se le aparecieron dilatorias, el Almirante llegó a manifestar que, si al día siguiente la situación planteada no llegaba a solucionarse, abandonaría las gestiones y retornaría a Santiago. Y, a las 8 de la noche, cuando ya parpadeaban sobre los cerros las luces de Coquimbo, abandonó una vez más el “Latorre”, siendo conducido nuevamente con toda corrección por la lancha hasta el muelle. Como en los días anteriores, la obscuridad de la noche era hendida por los reflectores del acorazado, que extendían sus pantallazos de luz vigilando la bahía.

Apenas unas horas más tarde, a la una de la madrugada del día 4 de septiembre, habiendo visto luz en la residencia del Almirante, dos sargentos bajaron para presentarle el proyecto de acta preparado por el Estado Mayor de las Tripulaciones, el cual, en su camino, obligaron a publicar en su edición del día siguiente por el diario de Coquimbo. En poder del proyecto, el Almirante Von Schroeders no consideró convenientes muchos términos del mismo, por lo que esbozó otro con las correcciones para él necesarias, el cual en horas de la mañana llevó al “Latorre” para una nueva discusión, que se prolongó otra vez varias horas, mientras se sabía que las tripulaciones continuaban recibiendo adhesiones desde todas partes del país. Luego, al descender nuevamente, al mediodía, el Almirante en una segunda conferencia telegráfica con el Gobierno, al que sometió el proyecto de acta que había recibido, con las correcciones por él propuestas, informaba, entre otras cosas: “Estado Mayor Tripulaciones muéstrase extremadamente exigente. Dos horas de razonamientos me ha costado hacerlos desistir de su proyecto. Estimo que variaciones substanciales harían fracasar esperanzas arreglo”. Pero el Gobierno consideró necesario hacerlas y preparó otro proyecto, que remitió a su delegado para su aprobación por la marinería rebelde, informándole de que debía ser considerado y aceptado antes de las 12 de la noche del día 4, a riesgo de que las gestiones quedaran rotas. Y, a su vez, lo informaba: “Comunicaciones interceptadas entre Valparaíso y otros con Escuadra Coquimbo, así como antecedentes precisos, dan certeza de que hay intención deliberada de dilación como ardid para obtener llegada submarinos a Coquimbo, junto con acciones para extender insubordinación en puertos, lo que debemos impedir a toda costa; esta situación hace indispensable terminar dilaciones. Exija, pues, V.S. respuesta definitiva de aceptación a más tardar doce de la noche de hoy”.

————— ::000: —————

En la capital, de momento a momento, los sucesos adquirían mayores proporciones. La Federación Obrera de Chile, bajo la dirección de Elías Lafferte, había decretado la huelga general en la noche del día 3, de manera que desde la mañana del 4 de septiembre, los tranvías no circulaban, efectuándose dificultosamente los servicios de ómnibus y taxímetros, que los huelguistas trataban de detener, lo cual dio origen a muchos incidentes, de los que resultaron numerosos heridos.



Las fuerzas de Carabineros y de la Escuela de Caballería se empeñaban en guardar el orden y se proyectó la formación de una "guardia cívica". El Gobierno recibía constantemente la adhesión de las fuerzas vivas del comercio y de la industria, habiendo autorizado a las unidades del Ejército a admitir voluntarios. Fueron suspendidas las carreras en el Hipódromo, y la Bolsa continuó cerrada. También se estableció la censura para todos los diarios y para las noticias al exterior.

El día 4, el Ministerio de Marina interceptó un mensajero de la Base Aérea Naval de Quintero, cercana a Valparaíso, declarando su solidaridad con la Escuadra de Coquimbo. Parecía que, después de apresar a los oficiales, los sargentos de la Base habían desarmando los aviones en forma de que no pudieran ser utilizados contra los barcos sublevados. Al mismo tiempo se anunciaba en Valparaíso que los cadetes y el personal de la Escuela Naval se unían también a los rebeldes. Y hasta el petrolero "Maipo", en viaje a los Estados Unidos, regresaba desde cerca de Panamá para agregarse a las Escuadras amotinadas.

Asimismo se había declarado la huelga ferroviaria, por lo que el Ejército hubo de tomar medidas para hacerse cargo, en lo posible, de los servicios. Los empleados públicos, por su parte, se manifestaban dispuestos a desprenderse de un día de sueldo, y más de mil personas se habían inscrito en los registros abiertos para obsequiar al Gobierno con sus joyas y objetos de valor, así como para depositar dinero en el Banco Central a efectos de que se hiciera frente a los gastos de urgencia. Por su parte, el Arzobispo, monseñor Campillo, declaró, como Jefe de la Iglesia, que estaba dispuesto a cooperar en la obra de salvación nacional, y ponía a disposición del Gobierno también las joyas de los templos, para "mitigar el hambre del pueblo". Asimismo, cerca de 400 residentes extranjeros, después de reunirse en el Golf Club, organizaron la defensa del distrito de Los Leones, siendo autorizado el acto por el Gobierno nacional, que se disponía a entregarles armas. Y hasta los veteranos de la Guerra de 1879, que aún se sentían aptos, se ofrecieron para "rendir su vida", si era necesario.

Las últimas noticias agregaban que, al levantamiento del Apostadero de Talcahuano, se habían unido los obreros de Concepción, Lota y Coronel, mientras que la Federación Obrera de Chile mantenía la agitación con huelgas y mítines. Asimismo los obreros de Magallanes ofrecían su ayuda económica y muchos regimientos del Ejército y de Carabineros enviaban voces de aliento.

Por otro lado, al llamado del Gobierno, se unió el del Consejo de Mujeres de Chile: "Cuando la Patria está como un barco después de la tormenta, no es el momento de pedir; es el momento de dar. Aunar nuestros esfuerzos en fructífero trabajo, con inteligencia, con abnegación, con generosidad. Todo esto es lo que las mujeres de Chile esperamos de la Marina, cuyo prestigio moral fue, hasta ayer, honra de nuestra Patria. Lealtad, disciplina y generosidad, han sido siempre vuestro lema, no lo olvidéis en estos mo-

mentos de angustia para todos los chilenos. No permitáis que se manche con negros egoísmos nuestra tradición gloriosa, hoy que la Patria espera de sus hijos el florecimiento de sus más altas virtudes. Sois el orgullo de nuestras madres y esposas, nuestro honor es la herencia de nuestros hijos. Por ellos y por ellas, que han sabido siempre sacrificar su felicidad y bienestar por la Patria, y a quienes dedicamos todo nuestro respeto y admiración, os pedimos serenidad para juzgar los acontecimientos, nobleza y generosidad en vuestros anhelos, comprensión y concordia para los hombres que sacrificando su legítimo reposo, han querido salvar a la Patria y restituírle la libertad. Confiamos en que vosotros, como chilenos y patriotas, sacrificaréis vuestras aspiraciones en aras de la tranquilidad que la Patria reclama para restablecer el fortalecimiento de la Constitución y de las leyes".

Al mismo tiempo, se publicaban noticias de Nueva York, informando sobre la repercusión que allí habían tenido los acontecimientos de Chile, una de las cuales decía: "Mr. William Braden de la firma Braden Copper Mines, de Chile, aseguró en una entrevista que el alto concepto del patriotismo y la fortaleza de espíritu para soportar la adversidad, que caracterizan al pueblo chileno, impiden toda posibilidad de un dominio comunista en ese país. El comunismo no podría durar en Chile —declaró Mr. Braden— porque el roto chileno no se sometería a ese yugo. El obrero chileno está protegido por las leyes más completas y los ideales del trabajador en ese sentido, han sido plenamente realizados. La situación que afronta el pueblo de Chile es muchísimo peor que la nuestra, pero, filosóficamente, con gran valor y gracias a su espíritu de determinación, este pueblo se levantará por encima de sus inmensas dificultades y nuevamente colocará a su país en una base tan sólida como la de antes".

::o0o::

En el interín, las naves sublevadas en Coquimbo seguían atrayendo la incansable atención de la gente, que se mantenía en el muelle, como imantada por esas moles sombrías y enigmáticas, que siempre echaban humo por sus chimeneas, como si estuvieran listas para partir, sin que se supiera a dónde. Muchos marineros circulaban sobre las cubiertas y entrepuentes, no observándose ningún oficial, mientras los centinelas impedían que nadie se acercara a los barcos. Para completar sus provisiones, la marinería rebelde se apoderó del vapor "Flora", que llevaba víveres y ganado en pie para el norte, y cuya captura se dispuso cuando hacía horas que ya había partido hacia su destino.

Por su lado, los destructores "Lynch" y "Aldea" recibieron orden de zarpar para recibir a la Escuadra del Sur, la cual, después de entrar para organizarse en Dichato, anunciaba su próximo arribo. Las dos naves llevaron anclas a mediodía del 4 de septiembre, dando luego un círculo completo en señal de despedida, mientras eran saludadas con grandes hurras por todas las tripulaciones de la Escuadra surta a estribor. Y pronto se perdieron de vista a 14 millas de andar, sobre el

horizonte del océano, que los recibió con una mar gruesa, que barria de lado a lado las cubiertas. Sin embargo, más adelante se cruzaron con la Escuadra del Sur sin divisarla, por lo que, durante la noche, debieron retornar sobre su marcha.

Esa misma noche del día 4, quedaron rotas las negociaciones entre el Estado Mayor de las Tripulaciones y el delegado del Gobierno. Los últimos comunicados entre ambos, entregados alrededor de la medianoche, decían: "Señor Almirante: El Estado Mayor ha tomado con profundo pesar, nota de la determinación del Gobierno de dar una nueva redacción al acta que pondría fin al movimiento, considerando que ello no sólo afecta a lo que el Gobierno estima fraseología innecesaria, sino también y muy especialmente, al fondo y objetivo de todo el movimiento de las tripulaciones. Creemos, señor Almirante, que esta determinación del Gobierno echa por tierra todos sus buenos oficios y nuestros deseos de paz y concordia, al no aceptar el acta que hemos expuesto a su consideración y que es la única que las tripulaciones están dispuestas a aceptar. Como no escapará, señor Almirante, a su esclarecido criterio, el acta que patrocina el Gobierno en ninguna de sus partes manifiesta que acepta nuestras declaraciones y peticiones, sino "que estudiará con interés las ideas". Queda, pues, señor Almirante, claramente establecida la situación. El movimiento no lo han hecho las tripulaciones para que se estudien ideas, sino para que se acepten declaraciones y peticiones justas, que hasta aquí hemos hecho dentro de un orden y caballerosidad ejemplares, pero que estamos dispuestos a mantener con energía. Finalmente reiteramos el radio enviado al Gobierno, de que la finiquitación de las negociaciones sólo se podrá verificar una vez que haya llegado la Escuadra del Sur".

En su respuesta el Almirante expresaba: "Acuso recibo a la comunicación de Uds. negándose definitivamente a aceptar el arreglo propuesto por el Gobierno. En consecuencia, lamento infinito tener que comunicar por ésta que, cumpliendo con instrucciones del Gobierno, quedan, desde este momento, terminadas las negociaciones con el Delegado". Y, en la mañana siguiente, partió de regreso a Santiago.

Por fin, el 5 de septiembre de 1931, los barcos que venían del sur arribaron a Coquimbo y ambas Escuadras, después de saludarse con grandes hurras, izando en sus focos las banderolas de bienvenida, se unieron en la bahía, para sumar, en total 23 unidades sublevadas y a cargo de sus tripulaciones, caso único en la historia naval. ¡Quince mil hombres, después de haberse apoderado de todos los barcos de guerra y los puertos militares, con el apoyo de la Federación Obrera y la simpatía de numerosos cuerpos armados, parecían tener en sus manos la posibilidad de cambiar los destinos del país! Ya se hablaba, inclusive, de que se iban a establecer soviets en Chile. Y los diarios, anunciándolo sensacionalmente en sus pizarras, daban una noticia de última hora: ¡seis acorazados y varios portaviones de los Estados Unidos partían de sus bases para dirigirse a Chile, con el fin de aplastar la "sublevación bolchevique"!

El Comando rebelde de la Base de Talcahuano funcionaba en el edificio de la Escuela de Artillería, en la Segunda Zona del Apostadero Naval, y cada veinte minutos se comunicaba con Coquimbo por medio de las estaciones radiotelegráficas. Además, durante toda la noche, los reflectores de la Base, en poder de la marinería, se desplazaban del camino a los cerros, como avizorando la posible proximidad de las fuerzas del Ejército, cuya presencia ya se había anunciado. Y, mientras las últimas notas con el delegado del Gobierno se estaban cruzando en Coquimbo, la Base de Talcahuano pudo despachar un radio urgente al Estado Mayor de las Tripulaciones, en el acorazado "Almirante Latorre": "Suspendan toda negociación pidiendo retiro de tropas que vienen sobre el Apostadero". Luego, en la madrugada, siguieron otros febriles comunicados: "Radio 1. Ejército inicia avance sobre el Apostadero y abre fuego". "Radio 2. Grumetes se defienden. Ejército avanza. Está cayendo gente". Más tarde, los radios 3, 4 y 5 anunciaban la prosecución de la lucha sangrienta, que se iba desarrollando, y que el Ejército dominaba la situación.

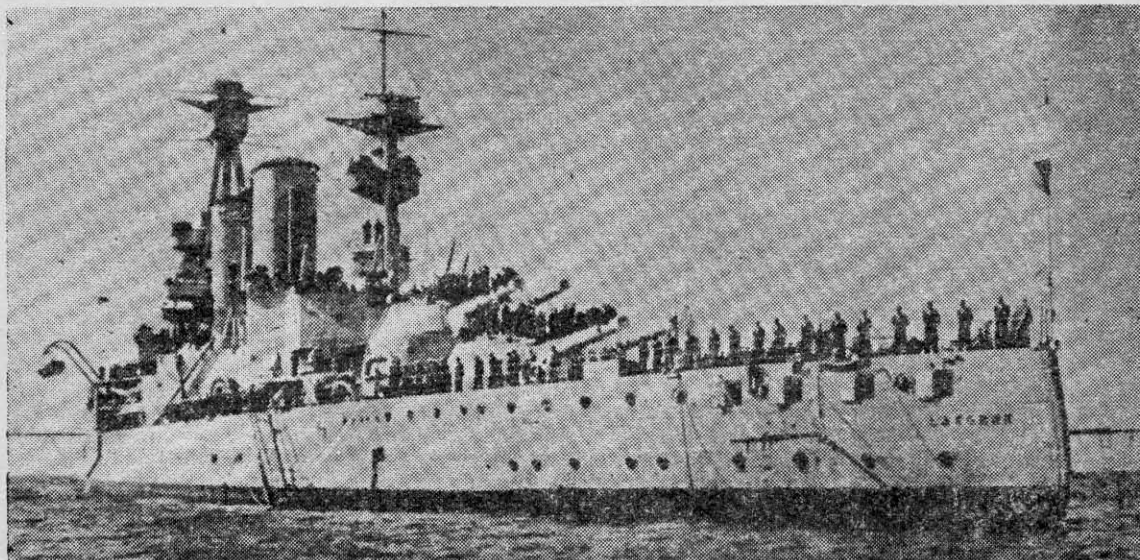
A las 6 de la mañana, las tropas gubernamentales ya habían ocupado militarmente el puerto, lo mismo que el fuerte "El Morro", éste sin lucha. En seguida surgieron comisiones encabezadas por un capellán de la Marina para tratar de que no se atacara al Apostadero, por lo que el asalto se demoró hasta las 15 y 30. Según se decía, las autoridades del Comité rebelde, de Talcahuano, parecían dispuestas a entregarse. Pero, después de tumultuosas discusiones, fueron reemplazadas por otras encabezadas por el sargento Pacheco, quien dispuso la defensa.

Mientras tanto, el ataque del ejército no se hizo, como se esperaba, por la Puerta de los Leones, sino que las tropas se lanzaron por el norte, desde los cerros, y de allí iniciaron el fuego. Dos baterías ligeras del grupo "Silva Renard" concentraron sus disparos sobre el destructor "Riveros", que, al partir la Escuadra del Sur hacia Coquimbo había quedado en Talcahuano a cargo del sargento Espinoza, averiándolo, después de lo cual el barco se retiró dificultosamente hacia la isla Quiriquina. Pero los rebeldes comenzaron a usar los cañones del acorazado "Prat", surto en reparaciones, así como las ametralladoras eléctricas instaladas en lo alto de los edificios.

Sin embargo, las fuerzas gubernamentales, comandadas por el general Novoa, continuaron su avance, terminando por reducir a la impotencia a la marinería, que se defendió con entereza en la Escuela de Artillería y en el local del Apostadero. Luego sometieron a los rebeldes atrincherados en los arsenales de la Marina, que sumaban 400, entre marinería y obreros, a quienes se habían entregado armas. Por último, el fuerte "Borgoño", considerado por los entendidos como el más poderoso de los que circundaban a Talcahuano, quedó como postrer foco de los sublevados, que allí resistieron hasta las 22 horas. Por último, cayó la isla Quiriquina.

El día 6 se anunció en Santiago, de fuente





El acorazado "Almirante Latorre" que fue vendido hace algunos años al Japón, como chatarra. A bordo de esta unidad nació el movimiento de las tripulaciones de la Armada.

que se decía autorizada, que en la ocupación de los fuertes y del Apostadero de Talcahuano, habían caído muchos hombres, asegurándose, también, que en la acción, el "Prat" había sido tomado por las fuerzas del gobierno, las que en seguida enfilaron los cañones de la nave contra el destructor "Riveros". También se anunciaba que fuerzas del ejército desde San Felipe, Los Andes y Quillota, así como tropas de Infantería y Coraceros de Viña del Mar, marchaban sobre la Escuela de Comunicaciones de Valparaíso, y que la base aérea naval de Quintero estaba rodeada. El nuevo Ministro de Guerra, general Vergara, había resuelto movilizar a todos los regimientos leales para aplastar la rebelión de la Marina, que parecía arrastrar al país entero. Asimismo se había ordenado a la aviación militar impedir que la escuadra del Sur pudiera unirse con la de Coquimbo, lo que no pudo lograrse por no haber sido localizada. Y aun se llegó a saber, de ciencia cierta, que el general Vergara, nombrado Comandante de la represión, estaba en vías de despachar un telegrama a las Escuadras sublevadas dándoles una hora de plazo para rendirse, amenazándolas con que, en caso de no acatar la intimación, haría "quintear" a los prisioneros tomados en Talcahuano y fusilarlos.

Ante esta noticia, los jefes de la Armada, incluso el delegado del Gobierno, que ya había regresado de Coquimbo, corrieron a su presencia.

—Señor Ministro, el procedimiento del "quinteo" es peligroso por cuanto los sublevados pueden hacer lo mismo con los oficiales que tienen detenidos en sus camarotes.

—¡A mí qué me importa! —habría contestado aquél—. Bien se lo merecen, pues todos han sido unos cobardes.

Sin embargo, cuando ya se había transmitido la mitad del telegrama, esa orden quedó anulada. Y se despachó otra, en términos más medidos, con un ultimátum.

La respuesta de la marinería sublevada no se hizo esperar: "Al Gobierno del país. Del Estado Mayor del "Latorre": Declaramos ante la conciencia del país que en estos momentos las tripulaciones, al ver la actitud anti-patriótica del gobierno y al considerar que el único remedio para la situación es el cambio de régimen social, hemos decidido unirnos a las aspiraciones del pueblo y zarpa junto con nosotros una comisión de obreros que representa el sentir del proletariado de la nación, de la Federación Obrera de Chile y Partido Comunista. La lucha civil a que nos ha inducido el gobierno se transforma, en este momento, en una REVOLUCION SOCIAL".

En la mañana del día 6, después de haber dado orden de calentar las máquinas, echando grandes penachos de humo toda la flota levó anclas, luego de realizar una perfecta maniobra de zarpe. El "Almirante Latorre", soltadas las espías y desplazando con las hélices grandes cantidades de agua, inició los movimientos, mientras desde los puentes se hacían señales con banderas a los otros buques y se escuchaban las órdenes transmitidas por medio de bocinas. Y, al rato, la escuadra se perdió en el horizonte con rumbo desconocido. Algunos decían que marchaba al Norte, según antes ya se había rumoreado, con la intención de tomar Antofagasta y, desde allí, establecer un nuevo orden en Chile. Otros sostenían que el propósito era llegar hasta Valparaíso y bombardear la capital, ya que, según se aseguraba, los cañones del "Latorre", desde este puerto, eran capaces de llegar hasta Santiago. Sin embargo, su intención era otra: situarse en mar abierto pa-

ra ofrecer menor blanco al bombardeo de la aviación, que se esperaba.

Pero, ¿qué podría hacer ahora la Escuadra con las ansias de liberación social a que la había arrastrado su rebeldía por el descuento de los sueldos? Ya había caído Talcahuano, así como las dependencias navales de Valparaíso y la base de Quintero. Los obreros, en Santiago, se habían visto obligados a reanudar las tareas y otra vez andaban los tranvías. Además, carecía de combustible para ir muy lejos. Y aun tenía pendientes sobre su suerte el peligro de una escuadra norteamericana más poderosa, que se decía en camino para someterla, a pesar de que el embajador de los Estados Unidos había desmentido la información que se hiciera pública al respecto.

Por eso, ante el reclamo urgente de Coquimbo y La Serena pidiendo a la Escuadra regresar de inmediato, por cuanto se temía el saqueo de esas ciudades, los jefes de la revuelta, indecisos sobre sus futuras actitudes, resolvieron regresar. En consecuencia, poco después del mediodía, los barcos retornaron al puerto para ocupar su posición anterior en la bahía. Pero ese llamado a la Escuadra no había sido sino una estratagema para hacerla volver. Y, desde ese momento los comunicados oficiales, firmados por el Ministro de Guerra, general Vergara, fueron señalando el drama de la Escuadra sublevada, desde el punto de vista de los criterios oficiales.

"Santiago, 6 de septiembre. Boletín de Informaciones Nº 8. A las 15 horas. 1) Situación de Coquimbo: a) La Escuadra salió esta mañana de la bahía y regresó poco después del mediodía a sus mismos fondeaderos, donde permanece actualmente; b) Insurrectos han declarado por manifiesto que sus miras son sólo producir desorden y han pretendido conseguir la adhesión del pueblo de La Serena, amenazando disparar sobre la ciudad con el propósito de amedrentar a las gentes; c) Las tropas y poblaciones de La Serena y Coquimbo permanecen incondicionalmente adictas al gobierno. El público comprende que insurrectos sólo pretenden la ruina y desprestigio de la patria. Es inútil que traten de disimular sus canallescadas pretensiones con ampulosas declaraciones que a nadie convencen a su favor; d) Según informaciones de la región, hay visible desorganización y desorientación entre los revoltosos; 2) La situación en Valparaíso permanece invariable. Todo favorable al gobierno".

Y, apenas unas horas más tarde, la aviación militar, comandada por su jefe, coronel Vergara, hermano del Ministro de Guerra, partiendo de la base de Ovalle lanzaba varios ataques sobre los barcos rebeldes, particularmente sobre el "Almirante Latorre", donde estaba reunido el Estado Mayor de las Tripulaciones. El ataque fue repelido con todo vigor por la marinería. Al toque de zafarrancho de combate, los tripulantes tomaron colocación en sus puestos. Se abrió el pañol de granadas, se sacaron gran cantidad de municiones y se alistó la artillería antiaérea, aunque la suboficialidad no estaba muy familiarizada con el manejo de ésta, y debieron utilizarse, más bien, otras armas.

Los aviones hicieron varias pasadas, cada

vez en menor número, sin lograr apreciables resultados, sufriendo, a su vez, impactos en sus alas. Sólo el submarino H 4, "Quidora" resultó averiado, quedando algunos de sus tripulantes, que se rindieron, heridos. El "Boletín de Informaciones Nº 9", de las 19.30 horas, manifestaba: "1) A las 17.30 horas, escuadrillas de aviones atacaron la escuadra fondeada en Coquimbo. Tres destroyers y un submarino se vieron obligados a salir fuera de la bahía. El submarino H 4 quedó inutilizado y se amarró al maldón; parte de la tripulación desertó pidiendo refugio en Carabineros". También se decía que los destroyers "Riquelme", "Hyatt", "Orella", y "Aldea" se habían entregado al gobierno, continuando viaje a Valparaíso para recibir allí las órdenes pertinentes.

Aunque se afirmó en un primer momento que la escuadra, en represalia por el ataque de la aviación, tenía intención de bombardear Coquimbo y La Serena, lo cual provocó enorme pánico entre los habitantes de estas ciudades, que en masa se apresuraron a abandonarlas, nada de eso ocurrió y, en la madrugada del 7 de septiembre pudo advertirse que los barcos de guerra sublevados, durante la noche nuevamente habían abandonado su fondeadero en la bahía. Trascendió que las tripulaciones estaban muy divididas y que cada vez aumentaba el número de los tibios que, a toda costa, querían llegar a un acuerdo con el gobierno, liberando a los oficiales, ansiosos y desesperados después de seis días de encierro en sus camarotes, con centinela a la vista. Los cabecillas de los amotinados parecían estar quemando sus últimos cartuchos.

A este respecto, las noticias prosiguieron: "Boletín de Informaciones Nº 10 - Santiago, 6 de septiembre de 1931. A las 23.55 horas. 1) Las últimas informaciones llegadas al Cuartel General del Ejército permiten abrigar la seguridad de que la resistencia de las tripulaciones rebeldes toca ya a su fin. 2) Según noticias semificiales recibidas en este momento, nuevas unidades de la Escuadra habrían reconocido hoy la autoridad del gobierno, plegándose a las fuerzas leales. 3) A las sugerencias de arreglo que las tripulaciones han formulado después del bombardeo aéreo de las naves efectuado en las últimas horas de la tarde de hoy, el Gobierno ha dado la siguiente respuesta: "Al "Latorre". El gobierno no acepta sino una rendición completa debiendo la tripulación desembarcar sin armas y quedar a disposición del comandante de la guarnición en La Serena, quien tiene instrucciones al respecto. De lo contrario se continuará procediendo con mayor energía aún. General Vergara, Ministro de Guerra". "Boletín de Informaciones Nº 11. Santiago, 7 de septiembre de 1931. A las 8.30 horas. 1) a) La Escuadra de los insurrectos ante el temor de la renovación del ataque aéreo, ha abandonado la bahía de Coquimbo y diríjese a altamar; b) A la rendición incondicional del "Aldea", "Riquelme" y "Orella", ha seguido la del "Hyatt" y "Videla", y hay razones para creer que este desmembramiento de los insurrectos continúe incesantemente. Sólo el "Latorre" parece que aún pretende resistirse; c) Varios barcos (dos o tres) saludan a la plaza en Quintero, en señal de acatamiento



a la autoridad del gobierno. 2) La aviación se encuentra lista, con sus escuadrillas terrestres y marítimas, para reanudar sus operaciones conforme con las instrucciones recibidas, en cuanto se despeje la neblina que a esta hora cubre las naves de los insurrectos".

En lugar de dirigirse al Norte, como se esperaba, los buques enfilaron hacia el Sur. La aviación vigilaba la marcha, aunque la neblina baja del día 7 impidió la observación hasta cerca de las 12 horas, en que se informó que los barcos navegaban a la altura de la desembocadura del Limarí, divididos en tres grupos. Más tarde, desde el faro de Punta Tortuga, anunciaban que habían pasado a quince millas de Punta Lengua de Vaca, siguiendo su marcha al Sur. Los destroyers navegaban adelante y se habían perdido de vista; seguían varios buques, el "O'Higgins", el transporte "Flora", un remolcador, los submarinos y, cerrando la marcha, el "Latorre".

También se informaba que, según había trascendido por conducto de las tripulaciones rendidas, éstas comenzaban a desobedecer las órdenes del "Latorre", y en muchos barcos habían sido liberados los oficiales, que, ya a cargo de los mismos, manifestaban intenciones de parlamentar y entregarse al gobierno.

Mientras tanto el comandante en jefe de la Aviación, desde el aeródromo de Tuqui, cerca de Ovalle, había cursado una orden terminante al Grupo N° 2, que seguía a la escuadra: "Buques sometidos autoridad gobierno empezarán entrar Valparaíso martes 8 a las 8 A.M. con tres horas diferencia. Sus aviones, especialmente los Wall, con carga completa bombas y combustible, deberán permanecer en vuelo para escoltar buques desde Pichidangui hasta fondeadero. Corresponde su iniciativa vencer dificultades amunicionamiento. Supuesto no tenga bombas suficientes debe obrar por presencia. Mantenga comunicación por radio desde a bordo con los barcos que entren a someterse. Caso buques pretendan rebelarse dándonos una sorpresa, proceda a hundirlos".

Y, muy pronto, en su marcha, el acorazado "O'Higgins" levantaba bandera blanca, regresando a Coquimbo, donde se entregaba, siendo su tripulación desarmada y conducida, bajo custodia, a La Serena. Quedaba sólo el "Almirante Latorre", y las noticias de Coquimbo informaban al respecto: "Se comenta en ésta la situación del "Latorre" y prevalece la idea de que si no se rinde hoy, ello se debe a que la tripulación y el Estado Mayor de los insurrectos están en desacuerdo sobre el camino a seguir. Los primeros desean entregarse y los segundos pensarían hundir al barco, conforme lo han manifestado en otras ocasiones. Se informa que bandadas de aviones e hidroaviones siguen la marcha del "Latorre" con el objeto de obligarlo a rendirse".

Hasta que, por fin, las últimas noticias anunciaban: "Se informa que entre Tongoy y Lengua de Vaca se rindió el "Almirante Latorre" a instancias de los aviones que lo obligaron a tomar tal determinación. Inmediatamente levantó bandera blanca. Hay fundadas razones para estimar que antes de ren-

dirse se sublevó la marinería contra el Estado Mayor de las Tripulaciones a fin de disponer la rendición".

Toda la noche del día 7 y la madrugada del 8 la población entera de Valparaíso permaneció en los cerros esperando la llegada de la escuadra. Los reflectores desplazaban sus luces sobre el fondo oscuro de la bahía en busca de alguna silueta. Además se tiraron cohetes luminosos y hasta del fuerte Vergara se dispararon cañonazos contra una nave que parecía haberse divisado a la distancia, navegando con las luces apagadas. El que más interesaba era el acorazado "Almirante Latorre".

Pero, el "Latorre" no llegó a Valparaíso, habiendo entrado para entregarse en la base de Quintero, según lo anunciaba el Ministro de Guerra en el "Boletín de Informaciones" N° 14, a las 11 horas, y en el N° 15, a las 19.30 horas del 8 de septiembre de 1931, agregando que las Fuerzas de la Escuela de Infantería habían tomado posesión del principal buque rebelde, procediendo a desarmar a la tripulación, que, lo mismo que todas las de las otras naves sublevadas, sería sometida a Consejo de Guerra, el que aplicaría con todo rigor los Códigos Militares.

Y cuando los oficiales de la Escuela de Infantería subieron al "Latorre" para hacerse cargo del barco, aún el viento arrastraba sobre cubierta algunas hojas mimeografiadas, con una proclama, que allí habían quedado tiradas: "Compañeros tripulantes de la Armada: Habéis empezado valientemente la lucha por nuestro mejoramiento económico; hoy que la oligarquía chilena se niega a oír nuestras reclamaciones, debéis manteneros hasta el final, para terminar definitivamente con el régimen causante de todas las injusticias que agobian a la clase trabajadora de Chile. Las organizaciones obreras ven con honda simpatía que vosotros, al levantaros contra las injusticias sociales, empezáis a colocaros en el puesto que os corresponde como parte integrante de nuestra clase y quiere marchar a vuestro lado en la batalla por su emancipación definitiva. ¡Hermanos marinos! El ultimátum que habéis recibido a vuestras peticiones de mejoramiento económico por la clase ladrona que nos gobierna y que ha estrujado la savia de nuestro pueblo, os está probando que si no váis unidos con los trabajadores y si abandonáis las armas, seréis barridos por la burguesía que nos gobierna. ¡Compañero marino! Tú tienes los buques ya, dad armas a tus hermanos de miserias y en 48 horas los consejos de marinos, soldados, obreros y campesinos le habrán dado a Chile un gobierno donde la miseria no impere. ¡Marino hermano! Date cuenta que lo que habéis hecho es lo más grande y si no lo llevas hasta el fin, si no te unes con los trabajadores, seréis aniquilado por la oligarquía. ¡Marino! El triunfo es tuyo; para que nada ni nadie te lo quite, únete con los trabajadores. Ten presente, no dejes el arma".

Las hojas habían quedado detenidas sobre la baranda, próxima a la puerta que daba a la escala. Pero, pronto, el viento las arrastró al mar. Arriba, las bocas mudas de los cañones que, como una frustración apun-

## Episodios históricos

---

taban ahora hacia un indeterminado horizonte, estaban cerradas con una tapa donde estaba escrito: "Vencer o morir". Los oficiales que subieron a bordo, al pasar bajo ellos, llevaban en su mano un diario de la fecha, cuyos grandes titulares anunciaban: "El imperio de la Constitución y de las leyes se ha restablecido en todos los buques de la Armada". Y también publicaba, entre el cúmulo de informaciones sobre el suceso que había

apasionado al continente, una noticia que no muchos leyeron: "Según informaciones autorizadas, Juan B. Riveros, que era suboficial instructor del "Almirante Latorre", y miembro del comité rebelde durante las negociaciones con el Almirante von Schroeders, se suicidó anoche en momentos en que el barco se aproximaba a Quintero".

**LIBORIO JUSTO**

